





PLANETA

CONTEMPORÁNEO

# LA VIDA IMPERFECTA

FERNANDO TRAVESÍ

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta  
Ilustración de cubierta: Shutterstock

© Fernando Travesí, 2017

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2017  
Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-6197-7

ISBN 10: 958-42-6197-5

Primera impresión en esta edición: agosto de 2017

Segunda impresión en esta edición: marzo de 2019

Tercera impresión en esta edición: agosto de 2019

Impreso por: Editorial Nomos S.A.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

## FERNANDO TRAVESÍ SANZ (biografía)

Escritor y dramaturgo español (Segovia, 1971) obtuvo en su país el Premio Nacional de Teatro Calderón de la Barca por su obra *Ilusiones rotas*. Otras de sus obras teatrales, *Tú, come bollos*, *Palabras de amor*, *sangre en la alfombra*, han sido estrenadas en Madrid y en varias ciudades españolas así como en el Festival de Teatro de Autores Contemporáneos.

Autor del libro *Peter, niño soldado* (Ed. Martínez Roca 2004) su manuscrito *La vida imperfecta* fue galardonado con el Premio del Taller de Novela Corta del Fondo de Cultura Económica (Colombia, 2013) y publicado posteriormente en España, en 2016, por la Editorial Isla de Siltolá. También es colaborador habitual de las revistas culturales *Arcadia* (Colombia) y *Culturamas* (España).

Además de su formación artística en Arte Dramático y haber completado sus estudios de Piano Clásico en el Real Conservatorio de Música, Fernando es abogado por la Universidad Complutense de Madrid (España) y Especialista en Resolución de Conflictos por la Universidad Pontificia Javeriana (Colombia). Tras muchos años trabajando para organizaciones internacionales en países en conflicto (Albania, Bosnia, Sierra Leona, Nepal etc.) y haber residido en Colombia durante ocho años, vive actualmente en Nueva York.



“En *Candidatos muertos* Juan Álvarez nos da su visión de lo que fue Bogotá, en términos musicales, sociales y políticos, durante la década de los noventa. La vida de los músicos está tan bien retratada que asusta”.

JOSELO RANGEL, guitarrista de Café Tacvba

“Un libro que respira espíritu musical: ese misterioso y particular proceso de una banda que se junta; ese encontrarse entre los músicos, ese encontrar al músico entre uno mismo; ese rebuscarse de aquellos que quieren que la música sea su quehacer”.

ANDREA ECHEVERRI, cantante de Aterciopelados

“Cualquier historia sobre el rock habla sobre el fracaso; sobre promesas fallidas y esperanzas truncadas. Por eso una historia sobre rock colombiano en los noventa puede hablar sobre ‘candidatos muertos’. Eso hace Álvarez en esta novela: se encarniza con una de esas aventuras libertarias que jamás tuvieron oportunidad de trascender”.

FERNANDO DEL CASTILLO, 1280 Almas

“Hasta que alguien noveló eso que tantos tuvimos tan atravesado en la garganta: la urgencia de hacer rock, en una década como los noventa, y en una ciudad como Bogotá”.

NICOLÁS VALLEJO, Editor de Música, *Vice Colombia* /  
Cantante de La MiniTK del Miedo.





# CONTENIDO

I.....	11
II. Lorenzo.....	17
III. Alicia.....	23
IV.....	30
V. Laura.....	40
VI.....	45
VII. Lorenzo.....	51
VIII. Alicia.....	54
IX. Laura.....	56
X.....	58
XI. Lorenzo.....	63
XII. Alicia.....	68
XIII. Laura.....	73
XIV.....	78
XV. Lorenzo.....	86
XVI. Alicia.....	92

XVII. Laura .....	97
XVIII.....	102
XIX.....	122
XX .....	127
XXI.....	134
XXII .....	140
XXIII.....	146
XXIV .....	153
XXV. Alicia.....	157
XXVI. Lorenzo.....	160
XXVII .....	167
XXVIII.....	171
XXIX.....	176
XXX .....	182
XXXI.....	190
XXXII .....	194
XXXIII .....	198
XXXIV. Laura .....	203
XXXV. Alicia .....	207
XXXVI.....	213

# I

Siempre inquieta un teléfono que suena en la madrugada. El silencio de la noche y la tranquilidad se rompen a la vez con una llamada que nadie espera. Nunca, o casi nunca, un timbre que suena de madrugada trae buenas noticias.

Era tan extraño que el teléfono sonara en mitad de la noche, a las dos y media de la madrugada, que Lorenzo Argüelles, quien dormía desde hacía tres horas, lo incorporó directamente a sus sueños: siguiendo a un perro que le había sonreído hacía unos instantes, caminaba por medio de una calle azul en una ciudad que le era familiar, pero que no podía identificar. Miles de timbres telefónicos comenzaron a escucharse con furia desde todas las ventanas, pero el perro, con ladridos, lametazos y muecas amables, le instaba a seguirlo y a no desviarse. Lorenzo Argüelles dudaba. Los teléfonos tienen hoy el derecho a interrumpirnos y a no respetar lo que estemos haciendo por muy importante que esto sea. Nos hemos habituado tanto ya, que pensamos que el teléfono siempre tiene prioridad... Sin embargo, son los

perros los que saben dónde está el final del camino, dónde se esconden los huesos más sabrosos y dónde están enterrados los tesoros.

Un instante antes de despertarse, Lorenzo Argüelles ya se había dejado ganar por la ansiedad y había podido convencer al perro de que podrían hacer un alto en el camino y atender la llamada. Le había prometido que no sería más que unos segundos y que después podrían seguir avanzando con tranquilidad. El perro lo miró con ojos tristes, bajó las orejas como si supiera que su onírica existencia estaba a punto de terminar y con un ladrido condescendiente hizo aparecer una cabina telefónica de color rojo. En su último segundo de somnolencia y mientras le empezaba a caer una gota de sudor por la sien, Lorenzo Argüelles llegó a pensar que su sueño transcurría en Londres. Que quizá no había reconocido la ciudad que le había cambiado la vida y convertido en lo que era hoy pues sumaban ya más de diez, los años que llevaba sin volver a pisarla.

El teléfono sonaba agresivamente detrás de los cristales, y, en el momento en el que alargó la mano para abrir la puerta de la cabina, cayó a la realidad como quien cae de improviso en una piscina de agua fría. En una secuencia vertiginosa abrió los ojos, miró fijamente al teléfono que dormía plácidamente sin sonidos ni destellos sobre la mesilla y saltó de la cama para pararse en el centro de la habitación tratando de identificar el origen del timbre.

Casi nunca trae buenas noticias un teléfono que suena en la madrugada. Así que Lorenzo Argüelles notó que la

respiración se le agitaba sin quererlo y supo que acababa de desvelarse para toda la noche. Una punzada en el estómago le hizo pensar que, quizá, se estaba desvelando también para el día siguiente; o podía ser, quién sabe, para todas las semanas, meses o años (quizá la vida entera) que pudiera durar la tragedia con la que aquel timbre le estaba amenazando.

Giró en redondo y el aire acondicionado que le soplaba en la nuca lo golpeó en la cara y le provocó un escalofrío. Algo inusual para una noche en la que no habían bajado de los treinta grados. Aunque pensó que sus ojos ya se habían adaptado a la oscuridad, chocó con la silla en la que dormía (mal colocado como siempre) el traje de lino que había usado el día anterior y que también pensaba ponerse al día siguiente. Fugazmente, le extrañó que Laura no lo hubiera estirado antes de acostarse como solía hacer cada noche. Cuando el mundo se derrumba, las pequeñas cosas y sus rutinas son muy importantes y como si cada arruga dibujara un mal presentimiento la buscó asustado mientras se le detenía el corazón. Laura dormía profundamente, desnuda entre el sudor y las sábanas, al otro lado de la cama. La imagen le ayudó a calmarse por un instante y pensó que, al fin y al cabo, su pequeño mundo estaba aún en un lugar seguro.

Un nuevo timbrazo y las luces del teclado transparentándose desde uno de los bolsillos del pantalón le permitieron identificar, por fin, el sonido que estaba persiguiéndolo. Se lanzó hacia su celular, buscó a tientas la rendija del bolsillo mientras el teléfono le llamaba cobarde con los timbres pares y con los impares le aconsejaba no contestar.

Con el teléfono aún sonando, salió al pasillo para no despertar a Laura y descolgó tan pronto como pudo desbloquear el teclado, apoyándose en la pared para sujetar un mundo que temblaba.

—¿Diga? —susurró con la respiración entrecortada.

—¿Lorenzo?

—¡Sí!... ¡Sí!... ¡Dígame!

—¿Estabas dormido?

—¿Eh?... ¡Claro!... ¿Quién es?, ¿sabe qué hora es?

—Soy yo, Alicia... Lo siento, sé que es tarde... perdona... pero...

—¿Alicia?... ¿Qué pasa?... ¿Va todo bien?

A veces, un instante puede durar mucho más que unos segundos. Lorenzo Argüelles se sintió estúpido haciendo una pregunta sin sentido. «¿Va todo bien?», se burló su conciencia de sí mismo. Su mente, entrenada para ser analítica, enseguida respondió que el aturdimiento lo estaba llevando a negar una realidad que aún no conocía y que, en contra de todo su entrenamiento profesional, la situación lo estaba dominando en vez de al revés. Aunque notaba cómo un nudo se le apretaba cada vez más en el estómago, decidió afrontar las cosas con la serenidad que de él siempre se esperaba y gestionar la situación con la templanza necesaria para evitar histerismos propios y ajenos y, sobre todo, calmar a los demás. El orden natural de las cosas. Ni más ni menos.

—¿Qué ha pasado?... ¿Javier?... ¿Está bien, Javier?... — preguntó sin ni siquiera darse cuenta de que su labio inferior había comenzado a temblar.

—Siento despertarte... —contestó la voz al otro lado del teléfono—. Tranquilo... todo está bien... Bueno, en realidad, no del todo... ¿Me puedes abrir? Hemos estado llamando a la puerta, pero no me has oído... supongo... ¿Puedo subir?... Creo que ya he despertado a todo el edificio... ¿Me puedes abrir, por favor?

—¿Dónde estás?

—Aquí abajo... en la puerta. El señor de seguridad estuvo llamando un buen rato al citófono, pero no lo oíste... ¿Puedes decirle que me dejen subir, por favor?

—Claro, claro... sube...

Cuando Lorenzo Argüelles terminó de recorrer el pasillo hasta la cocina, descolgó el auricular que lo comunicaba con la portería y dio la orden para que dejaran subir a su exmujer, el tono fue tan severo que el guarda de turno lo apuntó en su agenda de agravios para seguir argumentando su lucha de clases. Mientras, Laura Cuesta libraba la primera batalla contra el ruido que la quería arrebatar de su descanso.

Solo llevaba durmiendo profundamente una hora y media. Desde hacía ya tres semanas, el trabajo la tenía desbordada y cada noche después de cenar, se encerraba en el estudio para seguir avanzando y modificando un proyecto que nunca acababa de satisfacer a sus clientes. A la una,

se había rendido, pues su mente dejaba de ser creativa después de una jornada tan larga. Pero había programado el despertador a las seis y media, dos horas antes de lo que era habitual, para desayunar con tiempo y leer más fresca la última versión de su informe.

Al caminar hacia la puerta, Lorenzo escuchó el monótono sonido del procesador abandonado y pudo saber que Laura se había acostado agotada. Sin fuerzas para apagar el computador ni extender el traje de lino que él se había puesto el día anterior y pensaba ponerse al día siguiente. Cuando el mundo se derrumba, las pequeñas cosas de nuestra casa nos pueden decir cómo están los que allí viven.

Laura Cuesta, aún dormida, había inspirado profundamente y se mojaba los labios con la lengua cuando la puerta de su apartamento se abría a una hora a la que siempre solía estar cerrada.



## II LORENZO

**E**l relato de una vida humana puede hacerse tan largo o tan corto como uno quiera. Todo depende de a quién se cuente, en qué momento, en qué contexto y los motivos que tenga cada uno para contar su historia.

Por ejemplo, si quisiera dar una versión puramente metafísica de mi vida podría resumirla así:

Lorenzo Argüelles  
1973-2017

Digamos que bastaría la fecha de un inicio, la de un final y un nombre que supuestamente resuma todo lo que hubo entre medias. Aunque el nombre no le diga nada a quien lo oyera por primera vez, una descripción así de mi propia vida sería suficiente y serviría, por ejemplo, si mi historia se escribiese para el lector de un periódico, el motivo del anuncio, mi propia muerte; y el objetivo, hacerla pública.

Sin embargo, si me tocase presentarme ante alguien en una ocasión formal, seguiría las normas de protocolo que

supone, al fin y al cabo, cualquier educación y comenzaría dando los buenos días, tardes o noches y diría que me llamo Lorenzo Argüelles de Gómez-Larramendi. Siempre digo «me llamo», nunca «soy».

Sí, es probable que añadiera el segundo apellido porque eso es lo que hacemos en este país y porque además, al ser compuesto, me sirve para convertir un nombre un tanto ordinario en otro más distinguido y pretendidamente aristocrático. ¿Tonterías? Puede ser. Pero a lo largo de mi vida profesional he visto que muchas secretarias habilidosas y entrenadas son capaces de esquivar a Lorenzo Argüelles, pero les cuesta más decir no a Lorenzo Argüelles de Gómez-Larramendi. A menudo, hasta se muestran más dispuestas, receptivas y eficientes.

Y si puestos a eliminar, elimino el Lorenzo, nombre vulgar y poco original donde los haya el cual mis padres tuvieron (o sintieron, que no es lo mismo) la necesidad de elegir para no defraudar (o agradar, que tampoco es lo mismo) a mi abuelo paterno, quien soñó toda su vida con que su primer nieto llevara su mismo nombre... Si puestos a eliminar, decía, elimino el Lorenzo, ese nombre odioso que solo sirvió para ser blanco de tantas bromas pesadas en el colegio y dejó paso al señor Argüelles de Gómez-Larramendi, cualquier imagen de profesional mediocre, mensajero analfabeto o empleado *donnadie* desaparece de inmediato para dejar entrar en el imaginario de quien escuche a un consejero delegado, un director ejecutivo o, incluso, a un terrateniente con título nobiliario de los de *toda la vida*.

Parecerá una tontería y hasta algo pretencioso, pero solo yo sé la cantidad de ocasiones en las que Lorenzo ha sido capaz de encontrar una seguridad y un aplomo que no sentía con solo ponerse el disfraz del señor Argüelles de Gómez-Larramendi.

Y si el encuentro fuera en una reunión social intrascendente (como, por cierto, suelen ser casi todas las reuniones sociales) en la que nuestros caminos se juntan solamente por un rato y en la que, para no aburrirnos ni enfrentarnos al tan temido silencio, no tenemos más remedio que sostener una conversación, diría también que soy médico y psiquiatra, que tengo cuarenta y cuatro años, una exmujer desde hace siete a la que solo he empezado a detestar desde hace dos, y un hijo adolescente camino de la mayoría de edad que ha desaparecido tras su nombre (Javier) y la puerta de su cuarto para convertirse en todo un reto.

Como sería un espacio lleno de extraños (como lo son al fin y al cabo todas las reuniones sociales, sean cenas de trabajo, bodas, homenajes o cualquier otro ceremonial que solo busca distraernos en grupo de las cosas realmente importantes) no contaría ni mis intimidades ni mis debilidades. Así que no explicaría que estoy al borde del precipicio financiero por una inversión mal calculada con la que quise hacerme rico en poco tiempo y que solo está sirviendo para estar a punto de perder, en ese mismo poco tiempo, el fruto de muchos años de trabajo. Tampoco les diría que ni mi exmujer ni mi hijo adolescente ni mi mujer actual saben que, desde hace unos meses, cada gasto

que hacemos nos supone un peldaño más en la bajada a los abismos. Es un secreto. Mi secreto.

Claro que un interlocutor descarado (de esos que no tienen educación y les da por hacer, en voz alta, las preguntas obvias) o algún otro con unas copas de más podría interpellarme para saber por qué no soy capaz de contarle la verdad a mi familia, asumir mi error, pedir comprensión e incluso apoyo y reducir los gastos de manera racional al igual que hacen todas las personas o familias que están en crisis.

Es una suerte que esas preguntas impertinentes las hagan solo los interlocutores descarados, maleducados o borrachos a los que se les puede decir con total desprecio y actitud de ofendido: «Eso no es de su incumbencia»; «no creo que le importe, señor métome-en-todo». O un seco y asertivo: «Me parece que ha bebido demasiado, amigo».

Es realmente una suerte, porque así nos evita tener que contestarlas.

Tampoco creo que dijera que Javier, mi hijo adolescente, huyendo de su madre, suele venir a esconderse a esta casa. Y aunque esconderse e instalarse no es exactamente lo mismo, su presencia más habitual que de costumbre me genera gastos más altos que los de costumbre, en un momento especialmente complicado en el que, además, la relación con mi segunda mujer (que duerme profundamente ahora en la cama) no está pasando tampoco por su mejor momento.

Quizá es por mis problemas económicos.

Quizá porque mis problemas económicos me alteran el ánimo.